

CAPÍTULO X

AGRADABLE ASPECTO DE LOS NATURALES—ALBINOS—ANTIGÜEDADES DE OHUIVO—TRADICIONES LOCALES, LOS COCOYOMES, ETC.—GAUCHÓCHIC—DON MIGUEL Y EL DIRECTOR DE CORREOS—CURIOSAS CURACIONES—ME ACUARTELO EN GUACHÓCHIC—DIFICULTAD DE CONSEGUIR UN INTÉRPRETE HONRADO—FALSAS TRUFAS—GRANDE Y PROLONGADA SEQUÍA—SALGO RUMBO AL NOROESTE—LLEGADA AL PUEBLO DE NOROGÁCHIC.

SEGUÍ mi camino río arriba durante todo un día, notando de cuando en cuando á los lados pequeñas plantaciones de tabaco, y encontrando algunos individuos de buen aspecto, procedentes de Tierras Verdes, la localidad más cercana del sur. Eran sus movimientos activos y enérgicos, el tinte de su piel ligeramente amarilloso, y presentaban los hombres cierta apariencia oriental, muy curiosa, por llevar recogido el cabello en una trenza. Las mujeres se veían muy bien con su negra saya de lana y jubón blanco. La gente de aquellos lugares es conocida por las bonitas frazadas blancas que teje, y es evidente que aun queda algo á aquellos indios que les arrebatan los blancos.

Los naturales de aquel valle tenían la extraña costumbre, cuando necesitaban zabullirse para pescar, de tenderse después en fila sobre la arena enardecida por el sol, para calentarse por uno ó dos minutos el estómago.

Cerca de Ohuivo, en las montañas que están hacia Morelos, había vivido una familia de diez albinos, de los que sólo dos sobrevivían cuando estuve allí, pues la viruela había acabado con los otros. Tenían tan delicada la piel, que aun al contacto de la ropa se les irritaba. Mr. Hartman visitó á una vieja de dicha familia que vivía en una cueva

con su marido, hombrecillo de piel muy morena, de suerte que de ambos podía decirse que estaban “casados, pero no apareados.” Por sus facciones era enteramente india, pero su cutis era único en México, aun entre los blancos, y hacía recordar el color de los más rubios campesinos escandinavos ó irlandeses. Sus cabellos eran blanquiamarillentos, y las pestañas y cejas parecían de nieve. La cara y el cuerpo, igualmente blancos, tenían, sin embargo, grandes manchas rojas y menudas pecas. Mantenía algo más que entrecebrados los ojos, y como era muy vergonzosa, no había medio de reconocer el color del iris, pero el marido le aseguró á Mr. Hartman que era azulado.

La mayor parte de los indios de Ohuivo viven en casas, y las pocas cuevas que habitan no acusan mejora ninguna. Había dentro de una, habitaciones antiguas donde, según la tradición, habían morado los tubares. Dicha gruta no era más que una grieta formada casi horizontalmente en la roca, situada en la orilla sur del río, á unos trescientos pies sobre el fondo del valle. Corre de sureste á noroeste en extensión de cosa de doscientos pies, y la corta perpendicularmente otra grieta. Entrando á la cueva por el extremo que se halla más al sur, encontré doce piezas de paredes bajas, muy juntas entre sí. Eran cuadradas y de esquinas redondas. Los muros, de un pie de espesor, eran de piedra y lodo, y los pisos fuertes y lisos. Había una troje, en bastante buen estado, muy parecida en todos sus detalles á las de los tarahumares de hoy, cuadrada y construída de piedra y lodo. En ninguno de dichos cuartos me era posible estar en pie. Aparte de ese grupo, estaban otras dos pequeñas casas, algunas varas más arriba de la cueva, cuyo piso iba en ascenso continuo. Seguí arrastrándome de estómago por espacio de unas diez varas, y me encontré repentinamente al borde del precipicio; pero había alrededor un camino que conducía al otro lado, donde hallé la porción principal de las casas, dieciocho por todas. Tenía el costado de la

mayor una longitud de trece pies, bien que las otras eran considerablemente más pequeñas. Hallábanse exactamente en la misma disposición que las de la primera sección, formando fila, y eran del mismo material, excepto unas cuantas que había construídas de adobe, de paredes de sólo ocho pulgadas de gruesas. Todavía estaba completo uno de los cuartos, que tenía aberturas cuadradas y pudo haber sido troje; los otros parecen haber tenido las aberturas convencionales que usaban los indios. En dos advertí espacios circulares, hundidos como seis pulgadas en el suelo, de un diámetro como de unas catorce pulgadas. La de diecinueve pies de diámetro que tomé por estufa, se hallaba en la sección inferior. Detrás había sólo un pequeño grupo de cinco casas más arriba de la cueva.

Aunque no visité ninguna otra gruta-habitación en Ohuivo, estaba seguro de que había varias más en las cercanías. El quebrado terreno que rodea á Zapuri es interesante por las diversas tradiciones, aun vivas en labios de los nativos, acerca de un pueblo misterioso, llamado los cocoyomes, mirado por algunos tarahumares como sus antiguos enemigos, y por otros como sus antecesores, y que, según todos ellos, fue el primer pueblo que vivió en el mundo. Eran de pequeña estatura y no comían el maíz, alimentándose principalmente de yerbas, sobre todo de un pequeño agave llamado *chauí* (tschāwí). Eran asimismo caníbales, y lo mismo se comían á los tarahumares, que se devoraban entre sí. Habitaban las cuevas de las elevadas rocas de la sierra, y bajaban por la tarde, como venados, á beber en los ríos. Como no tenían hachas de hierro, no podían cortar ningún árbol grande, ni tampoco estaba en su posibilidad desmontar mucho terreno para sembrar grano. Sólo sabían quemar la yerba en los arroyos para alistar los campos. Hace mucho tiempo, cuando los cocoyomes se hicieron insufribles, bajó el sol á la tierra y los quemó á casi todos, logrando escapar unos cuantos en las grandes cavernas.

En Zapuri tenían los cocoyomes cuatro grandes cuevas, dentro de las cuales habían construído casas cuadradas de adobe muy duro. En una, había una fuente. Los tarahumares, que á menudo peleaban con ellos, los sitiaron durante ocho días una vez que todos se habían reunido en la cueva más grande, donde no había agua, hasta que los hicieron perecer de hambre y sed. De tal suceso pudo haberse derivado el nombre de Zapuri, pues varios mexicanos entendidos á quienes consulté, convienen en que significa *lucha ó desajío*.

Desde un punto llamado Tuaripa, como á treinta millas más al sur, cerca de la línea tepehuana y en la misma región montañosa, recogí la siguiente leyenda relativa á los cocoyomes y las serpientes:

Dos grandes culebras acostumbraban subir del río hasta una pequeña meseta situada entre Huerachic y Tuaripa, y después de matar y devorar cocoyomes, se volvían nuevamente al río, haciéndolo siempre que tenían hambre. Un viejo, al cabo, reunió á todo el pueblo en el lugar á donde acostumbraban subir las culebras; abrieron allí un gran hoyo, llenáronlo de grandes piedras y de leña, prendieron fuego á ésta y calentaron las piedras hasta el rojo vivo. Cuando vieron á las serpientes que ascendían á la montaña, los hombres fueron cogiendo con estacas las piedras y arrojándoselas á sus desmesuradas y abiertas fauces, hasta que los monstruos, una vez llenos, quedaron abrasados y cayeron muertos al río. Hasta el presente pueden verse en la roca las señales del paso de las serpientes por donde subían á la montaña.

Volviendo á ascender á las mesetas encontré terreno bastante plano hasta Guachochic, á cuarenta y cinco millas por el camino que seguí. El nombre del lugar significa "garzas azules," y la hermosa corriente formada por los muchos manantiales que hay, estaba antes poblada de numerosas aves acuáticas. La localidad así designada es ahora una

agrupación de ranchos mexicanos, pertenecientes los más á una sola familia. Existe una vieja iglesia, pero ningunos indios independientes habitan en Guachóchic, pues los aborígenes están al servicio de los mexicanos.

Guachóchic se encuentra á una altura de 7.775 pies en el extremo sur de la mesa más grande de la Sierra Madre



En las mesetas de la Sierra.

del Norte, que tiene doce millas de larga y tres de ancha. En dicha planicie, bordada por todas partes, con excepción del lado sur, de majestuosos pinares, viven numerosos indios, así como en los abundantes valles cercanos, pero todos son civilizados, esto es, contaminados de muchas nociones cristianas, y ya sin la sencillez primitiva.

Llevaba yo una carta de presentación para Don Miguel, la persona principal de Guachóchic, que goza de la rara reputación de ser justo y benéfico para con los indios, y como posee extensas tierras, es hombre de considerable influencia aun entre sus paisanos. Presta dinero á los necesitados, en condiciones liberales, de las pilas de pesos que tiene enterrados bajo el piso de su casa. Los ladrones saben por triste experiencia que con él no se juega, pues una vez que una partida de bandoleros se había apoderado de la vetusta iglesia de adobe, tratando de adueñarse de la enterrada caja de los habitantes de los ranchos, reunió á los aterrados pobladores, libró batalla á los bandidos y los derrotó completamente. Ejerce autoridad contra los delincuentes, y hace que la justicia siga su curso, excepto cuando se trata de alguno de sus parientes, lo que no dejé de sentir; pero los muchos beneficios que presta á los necesitados y á los oprimidos, lo mismo sean mexicanos que indios, nos inclinan á encontrar disculpable aquella debilidad. Á él apelan, por propia iniciativa, los indios. Tres rufianes fueron una ocasión á casa de un indio acomodado que acababa de morir, para decir á sus afligidos deudos que iban á efectuar la división de los bienes entre los herederos, y que era necesario les diesen bien de comer y beber mientras duraba la partición, exhortando á los parientes á fabricar mucha cerveza y á matar un buey. Sus órdenes fueron prontamente obedecidas; pero cobraron además á los herederos, como honorarios, tres bueyes, una fanega de maíz y algún dinero en efectivo. Pareció esto excesivo á los sencillos y pacientes indios, porque después ¿qué les quedaría que dividirse? y sometieron el litigio al fallo de don Miguel. No tengo noticias de ningún blanco de aquellos lugares que se hubiera tomado el trabajo, como él lo hizo, de proteger los derechos de los pobres indios contra los pícaros timadores.

No estaba en casa el viejo señor cuando llegué á su rancho, pero encontré á uno de sus hijos que vive en Guachóchic.

“Soy el administrador de correos,” me dijo con petulancia, adelantándose al mismo tiempo, para mostrarme sus credenciales de que evidentemente nunca se separaba. La correspondencia que llega de tierra abajo para las ciudades mineras pasa por ese lugar, y en aquella casa duerme el correo. En el transcurso del año, suelen también llegar algunas cartas para los habitantes de tales regiones. Pronto entramos en conversación sobre asuntos postales, que naturalmente me interesaban vivamente, ansioso como estaba de comunicarme lo más á menudo posible con el resto del mundo. Á pesar del orgullo que aquel hombre sentía por su oficio, eran bastante vagas las nociones que de sus deberes tenía, pues con el deseo de saber cómo iban las cosas de sus vecinos, no hallaba escrúpulo en abrir las escasas cartas que les llegaban; pero no las destruía, sino que tranquilamente las entregaba abiertas. Aunque tal proceder no era del gusto de los demás y lo consideraban una osadía ¿qué diantres podían hacer?

Díjome que le habían contado que yo curaba á la gente. Cuando un hombre se llama doctor, los campesinos de México lo reputan en posesión de todos los conocimientos útiles del mundo. Miróme por un momento aquel hombre robusto de encarnados carrillos, y sin decirme una palabra, me cogió repentinamente una mano que se apretó contra la frente por breve rato, y luego, siempre callado, se la pasó hacia atrás, hasta que mis dedos hubieron tocado una pequeña protuberancia que tenía en la espalda. ¡Aquella era la oportunidad de adivinar su mal!

La próxima vez que fui á su oficina, me recibió con una expresión de extraña vacilación en la cara, y me preguntó á quema ropa: “¿Sabe usted cortar pantalones?” Hacía tiempo que guardaba en su casa una pieza de paño, y me ofrecía pagarme bien si le ayudaba á hacerse unos pantalones, pues practicar curaciones, componer relojes, arreglar máquinas de coser, fabricar aguardiente, servir de sastre, pronosticar el tiempo, todo, todo se espera de un hombre

que llega de tan lejos. Y aquella buena gente se queda atónita cuando uno confiesa su ignorancia en tales materias, lo que toma más bien como falta de buena voluntad para ellos. Es la antigua fe en el médico que sobrevive todavía en el entendimiento de los hombres del pueblo, y los hace ver á los doctores con mayor respeto que á cualquiera otra persona.

Los seres que viven fuera de la civilización se ven reducidos á sus propios esfuerzos en caso de enfermedad. La hija de mi guía mexicano acababa de dar á luz y la placenta se retardaba. Doy en seguida, como cosa curiosa, la lista de varios remedios que se aplicaron para ese caso:

1. Carapacho de armadillo, molido y tomado en un poco de agua. Este es un remedio tarahumar que se dice es muy eficaz para la perturbación mencionada.
2. La yerba del zorrillo.
3. Que la paciente tenga en la boca media hora su propio cabello.
4. Un pedazo de *Palo hediondo*, hervido.
5. *Urina viri*, media taza. Este remedio es también de uso externo para cortadas y contusiones.
6. Estiércol fresco de caballo prieto. Se le echa un poco de agua, luego se exprime en un lienzo y se bebe en seguida.
7. Sudor de caballo prieto. Se coloca un sudadero que haya acabado de usar el caballo, sobre el abdomen de la mujer.
8. Un cocimiento de cáscara de olmo.
9. Manteca de puerco.

Pasados algunos días, la paciente se recobró, y si fue *propter hoc* ó *post hoc*, es de conjeturarse.

Guachóchic era admirablemente á propósito para punto central de donde emprender exploraciones en diversos sentidos, por hallarse en la mitad misma de la región de los tarahumares, bien que los mexicanos se han apropiado las mejores tierras del alrededor en donde tienen hoy extensos y fértiles ranchos. Hacia el oriente, rumbo á los